

Vivir
Ensayos personales y biográficos

VOCES / ENSAYO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Robert Louis Stevenson, *Vivir. Ensayos personales y biográficos*
Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-8393-189-9

Depósito legal: M-22545-2015

IBIC: BLG

© De la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2015

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2015

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Robert Louis Stevenson

Vivir

Ensayos personales y biográficos

Traducción de Amelia Pérez de Villar





Robert Louis Stevenson

ÍNDICE

LA VIDA

Juego de niños	11
<i>Virginibus Puerisque</i>	27
El Dorado	79
Apología de los ociosos	85
La edad provecta y la juventud	99
<i>Aes Triplex</i>	117

LAS PERSONAS

Conversaciones y conversadores	133
Almirantes ingleses	163
Extranjero en casa	181
El viejo jardinero escocés	197
Thomas Stevenson, ingeniero de Obras Públicas ..	207
El apellido Stevenson	215
El temperamento de los perros	225
Anales familiares	239
Compañía de Servicio de los Faros del Norte ...	269

LOS RECUERDOS

Recuerdos de un islote	307
Recuerdos de la facultad	315
Escritos sobre la universidad	325
Pastoral	359
La casa parroquial	371
La vejez y la mortalidad	381

ORIGEN DE LOS TEXTOS	395
----------------------------	-----

LA VIDA



RLS con tres años.

JUEGO DE NIÑOS

La añoranza que sentimos por nuestra niñez no es del todo justificable, porque su abandono nos permite vivir sin temor al escarnio público. Y es que, aunque normalmente nos resistimos a los cambios, en el fondo no somos del todo inconscientes de la cantidad de ventajas que nos supone nuestro nuevo estado. Lo que perdemos en cuanto a generosidad impulsiva lo ganamos en generosidad meditada a la hora de juzgar a los demás. Y algo más: el terror desaparece de nuestras vidas; dejamos de ver al diablo en las cortinas del dosel y de quedarnos despiertos escuchando el viento. Dejamos de ir a la escuela. Y si bien cambiamos un fastidio por otro (lo cual no es en modo alguno seguro) quedamos, al menos, liberados para siempre del miedo a las reprimendas. Con todo, habremos de admitir que hemos sufrido una transformación y que, aunque no nos divertimos menos, saboreamos nuestros placeres de otro modo. Sucede que necesitamos pepinillos precisamente hoy, para así preparar el miércoles el cordero que degustaremos frío el viernes. Y yo aún recuerdo los tiempos en que lo llamaba venado rojo e imaginaba en la

mesa una historia de cazadores que lo hacía más delicioso al paladar que la mejor salsa. Para un adulto, el cordero frío es cordero frío en cualquier parte, y ninguna historia mitológica que se invente la especie humana lo va a hacer ni peor ni mejor: el hecho en sí, la pura verdad del cordero, acaba con las fantasías más seductoras. Pero para un niño sigue siendo posible tejer una especie de embrujo en torno a los comestibles y, si ha leído algo sobre un plato determinado en un libro de cuentos, durante una semana será para él como el maná que cae del cielo.

Si a un hombre adulto no le gusta comer, beber y hacer ejercicio, o si no sabe lo que le gusta, seguramente tendrá una constitución débil y deberá tomar alguna medicina. Pero un niño puede ser un espíritu puro si quiere, y disfrutar sin amagues de un mundo inventado. Las sensaciones no tienen en nuestros primeros años tanta importancia como tendrán después, pero una parte de esa insensibilidad encorsetada que es propia de la infancia permanecerá en nosotros. Vemos, tocamos y oímos a través de una especie de neblina dorada. Los niños son capaces de ver, pero no tienen desarrollada la facultad de mirar; no emplean sus ojos por el placer de utilizarlos, sino para fines colaterales que les interesan a ellos; yo, por ejemplo, las cosas que recuerdo haber visto de un modo más vívido no eran bellas en sí mismas, pero eran interesantes para mí, o eran cosas que ansiaba porque me parecía que podía convertirlas en parte primordial del juego. El sentido del tacto tampoco es en los niños ni tan claro ni tan agudo como será luego en los hombres. Creo que si repasamos nuestros recuerdos veremos que las sensaciones de este tipo se recuerdan como algo vago, y no llegan a ser más que apreciaciones simples y directas: la del calor generalizado en los días de verano o la del bienestar generalizado

cuando estamos en la cama. Naturalmente, entenderán que me refiero a sensaciones placenteras, porque dominar el dolor –el elemento más atroz y más trágico de la vida, que es el verdadero amo y señor del alma y el cuerpo humanos– es asunto que tiene sus propias reglas en cada caso: irrumpe en nuestras vidas como un visitante maleducado y atraviesa ese jardín de las hadas en el que los niños que se mueven como en un sueño con no menos seguridad de la que emplea para imponerse en el campo de batalla o enviar al inmortal dios de la guerra, gimoteando, hacia su padre. Y la inocencia no nos protege de este ataque más de lo que lo hace la filosofía. En cuanto al gusto, si consideramos los excesos del azúcar puro que suelen deleitar a un paladar joven, «no será, a buen seguro, cínica aspereza»¹ considerar que el gusto es algo privativo de un ser maduro. El olfato y el oído están, quizá, más desarrollados: yo recuerdo muchos aromas, muchas voces, y una buena porción de primavera cantando en los bosques. Pero el oído es susceptible de mejora si se va a emplear como medio de placer, y hay todo un mundo de distancia entre quedarse boquiabierto de pura maravilla ante la jerga de los pájaros y sentir la emoción que siente un hombre ante la música articulada.

Al mismo tiempo, y al compás también de este aumento en la definición y la intensidad de lo que –creemos– acompaña a nuestro devenir camino de la edad adulta, hay otro cambio que tiene lugar en la esfera del intelecto y en virtud del cual todo se transforma y se contempla a través de teorías y asociaciones, como si estas fueran el cristal coloreado de una vidriera. Nos construimos día tras día con la materia prima que nos dan la historia, los cotilleos, las especulaciones económicas y Dios sabe qué: es un medio en el que

1. James BOSWELL, *Vida de Samuel Johnson*, volumen I.